Del folklore religioso europeo como disciplina histórica

1) Folklore religioso y ciencias antropológicas.—2) La «reconstrucción» del primitivo).—3) «Folk-Culture».—4) La base fundamental.

I

Las investigaciones sobre ciertos aspectos del folklore religioso europeo tuvieron su apogeo mayor en una época bastante remota ya, y así, casi todas, se hallan condicionadas por la manera de pensar de aquella época en punto a historia comparada de las religiones. *Folklore* y *Etnología general*, o *Antropología*, como se decía en el mundo anglosajón.

Fueron también autores anglosajones los que dejaron más huella en el terreno interpretativo, pudiéndose afirmar que esta huella ha durado hasta nuestros dias. Creo, en efecto, que el pensamiento de E. B. Tylor aún ejerce una influencia, más o menos consciente, entre muchos de los folkloristas que estudian los cultos populares y que van un poco a retaguardia en el ejército impresionante (por su tamaño) que constituyen en el mundo los investigadores de las ciencias antropológicas. También influyen, aunque menos, las doctrinas de algunos de sus seguidores inmediatos. Juzgo que, en cambio, corrientes más modernas, como la llamada «funcionalista», y otras menos afamadas, no dieron los frutos que fuera de desear ante el conjunto de los hechos de esta índole, a los que, por cierto, varios investigadores jóvenes suelen referirse de modo irónico. Mas hay que preguntar si esta ironía, aparte de contener una censura justificada hacia determinado tipo de colector de «viejas curiosidades», no reflejará también una debilidad o flaqueza propia de los jóvenes irónicos.

Vivimos en una época en la que el llamado «field-work» produce un respeto casi religioso, en la que las viejas lecturas se miran con desprecio y en la que se pretende ganar en profundidad lo que se pierde en extensión.

Copyright (c) 2006 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

Hay muchas razones para criticar lo que hicieron nuestros abuelos; pero, como pasa siempre en las posturas que adoptan los jóvenes contra los viejos, no deja de haber también un punto de incomprensión en la posición de los jóvenes. Acaso nuestra época —dígase lo que se diga— es de las que cuenta con una juventud de las más poco capacitadas para comprender algo que no sea comprenderse a sí misma. Bien. A pesar de mi respeto a la vejez (de la que nunca renegué), considero que casi todas las ideas que dieron lugar a amplias, memorables y también admirables investigaciones folklóricas y etnológicas sobre cultos y creencias a fines del siglo XIX, a partir de la obra más afamada de Tylor, se resentían por haber sido concebidas con arreglo a un intelectualismo algo unilateral y mecánico. Estimo que, en primer término, tales investigaciones dejan fuera de consideración factores *emocionales* o incluso *pasionales*, y, sobre todo, *estéticos*, de máxima importancia, y que, cuando parece que dejan de ser intelectualistas, se contentan con aplicar a la interpretación de los hechos unos criterios voluntaristas bastante cerrados también. Este intelectualismo se observa, por lo demás, en tendencias o corrientes de investigación más modernas. Basta repasar cualquier obra que analice los conceptos vigentes en la etnología general o europea de hoy para darse cuenta de que, tanto las palabras acuñadas, como las definiciones que se dan a éstas, como las discusiones que siguen a este definir y bautizar abundosos en revistas, congresos, etc., no hacen sino reflejar la obsesión, degenerada en manía, por crear un vocabulario «científico», en el sentido que puede tener éste en las ciencias físico-naturales y aun matemáticas... Pero la realidad es que a lo que se llega, una y otra vez, es a constituir una especie de vocabulario escolástico o *neo-escolástico*, a que la representación de los hechos propia de un autor distinguido e influyente impere de modo periódico sobre los hechos mismos, de tal suerte que éstos resultan luego difíciles de observar sin anteojeras y deformaciones. Se pretende buscar métodos, leyes generales, regularidades, etc., y lo que se hace es ensartar palabras o crear todo un vocabulario abstracto que funciona por sí mismo.

Pero dejemos las críticas generales de la investigación etnológica para otra ocasión.

El intelectualismo de los antropólogos más antiguos se observa u observaba ya en el modo que tenían de interpretar un tema de su predilección como era, por ejemplo, el de los llamados cultos populares, a la luz de una o de varias definiciones de hecho esenciales, acuñadas por los propios investigadores, tales como las de «Animismo»,

Copyright (c) 2006 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

«Magismo», «Preanimismo», etc., que, en primer término, dan la idea de que han existido sistemas de pensamiento mágico y religioso muy coherentes y homogéneos, comunes a toda la especie humana. Esta coherencia, referida tanto a distintas sociedades como a la existencia, al intelecto o νοῦς de cada persona dentro de ellas, es más que problemática. Para establecer la homogeneidad de móviles y creencias se ordenaban los hechos en grandes series, observando una de sus caras o facetas y haciendo abstracción de cantidad de circunstancias de tiempo, espacio, etc., en que se daban los hechos aducidos.

Fácil es, por ejemplo, amontonar ejemplos de Magismo, tal y como lo entendía Frazer, o de Animismo, según la definición de Tylor, de pueblos muy distintos y distantes entre sí, admitiendo un aspecto de sus creencias, rituales, etc., como núcleo central que sirva de ejemplo o ilustración a lo que significan aquellas voces. Pero cuando se estudia, en conjunto, el sistema de creencias y ritos de un pueblo determinado, este ajuste a la definición clásica parece más que problemático, la coherencia pretendida desaparece y, en cambio, surgen otros órdenes de conexiones que, a veces, parecen específicas e irreductibles a toda comparación. Con respecto al llamado fenómeno *totémico* en un tiempo, la coherencia de hechos, establecida a fines del siglo XIX, se ha venido a reducir a polvo después.

II

La reacción contra los procedimientos de investigar sobre «religiones primitivas» de aquel entonces se dio ya hace bastante en una época de espléndidos resultados para las disciplinas antropológicas en lo que se refiere a los pueblos primitivos (época que cabe fijar entre 1920 y 1940). Pero, con respecto a Europa y a sociedades más próximas a las europeas, no veo que los adelantos sean de mayor importancia, pues los etnólogos y folkloristas, o han discurrido poco, o se han lanzado a investigaciones muy parciales, o se han dejado llevar por un verbalismo de poca monta, o, por último, se han contentado con seguir aplicando las doctrinas antiguas, ajustadas a un tipo de evolucionismo que tampoco es hoy el más defendible.

Por otro lado, la ingente labor llevada a cabo, en América sobre todo, estudiando cantidad de comunidades rurales mestizas (estudio que ha producido toda una literatura en torno a lo que se llama «Folk-Culture» y otros conceptos sobre los que se discute allí largo y tendido), amenaza con destruir una parte que ya estaba hecha, o casi

Copyright (c) 2006 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

hecha, de la investigación etnográfica y folklórica europea, porque en esta literatura volvemos a encontrarnos ante un verbalismo más desenfrenado aún, conforme al cual las definiciones se pretenden imponer a la realidad de modo que da grima, pues no hay que olvidar que los autores de tales definiciones suelen tener, con harta frecuencia, un considerable *poder pedagógico* o *docente* y que, durante algún tiempo, pueden ejercer una especie de pequeña tiranía escolar, que dura, por lo menos, hasta que se jubilan (siendo bastante más que los «reyes de Navidad» o de los «Saturnales»).

Y pese a este prurito definidor, cuando se repasa un diccionario de términos etnológicos que recoja la doctrina elaborada últimamente, apena la pobreza de los conceptos acuñados en muchas ocasiones; apena también ver sobre qué flacos cimientos se han construido doctrinas tenidas por importantes. Y siempre por la misma razón: por un falso «cientificismo», por un ansia de fijar leyes ,cuando lo que se recoge mediante la definición supone tanto como el agua que se recoge con un cedazo en una fuente, es decir, unas cuantas gotas. La razón de esta endeblez de las definiciones arranca —a mi ver—, sobre todo, de una carencia casi general de verdadera reflexión filosófica, previa o combinada con la investigación.

Así, por ejemplo, un defecto esencial que creo notar en toda la investigación llevada a cabo a la luz de la doctrina evolucionista, complementada por la de las «supervivencias», que sirvió para establecer sistemas como los aludidos, y no sólo en ella, sino también en otras posteriores, como las investigaciones histórico-culturales, es el de que partan de unas ideas completamente insuficientes acerca del «tiempo»; mejor dicho, veo el fallo en considerar al tiempo como algo con existencia objetiva y casi siempre igual, como puede serlo para el que lleva a cabo ciertas investigaciones sobre ciencias físico-naturales, de suerte que de este tiempo se elimina casi la idea esencial, fundamental, de la duración o duraciones particulares y de la variedad de contenidos de estas duraciones.

Por su parte, el funcionalismo, empachado de sincronismo, de un deseo justificado en una etapa de la investigación de precisar las relaciones de los hechos en un momento dado y de describirlos más minuciosamente, hace perder casi toda noción de temporalidad a los que se han dejado llevar por los argumentos de sus principales defensores, que eliminaban también casi todos los problemas de transmisión en el tiempo y en el espacio, para observar el presente que tenían (o creían tener) ante sus ojos. Al primitivo «reconstruido», sa-

Copyright (c) 2006 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

cado de la paciente lectura en bibliotecas que nos presentaban Tylor, Frazer o Marett, se oponía el primitivo de Malinowski, autor que dirigió sus ataques y sarcasmos al espíritu de *anticuario* de algunos antropólogos de generaciones anteriores, sarcasmos que parecían referirse a los mismos que le habían patrocinado y protegido.

Un exceso de empirismo es tan pernicioso al progreso de una ciencia como un exceso de abstracción; pero, en general, los antropólogos y etnólogos se han dejado llevar demasiado de la fe en la importancia de los datos «positivos» y han abandonado tareas que requerían cierta elaboración sintética. Lo mismo haciendo fichas en la gran biblioteca que practicando el «field-work». Por eso han podido referirse tan constante y confiadamente a la noción de lo «primitivo» y de forma que a un historiador (sea o no «anticuario») le hace siempre estremecerse; y el etnólogo que se ocupa de los pueblos europeos debe ser, ante todo —y por encima de todo— un historiador en potencia, no un esclavo de los que aún dirigen sus miradas a los mundos lejanos del hombre de Australia, el Africa negra o la selva amazónica, ni de definiciones de lo que es el folklore y cosas por el estilo.

En efecto, los autores que han manejado más las nociones de ideas homogéneas, de cultos primitivos ajustados a ellas y de «survivals», en relación con aquellas ideas y cultos, creían que se podía estudiar toda esta clase de datos formando un conjunto sobre las bases que siguen:

a) Datos sobre las creencias y costumbres de los primitivos actuales. *b*) Datos sobre las creencias y costumbres de los hombres prehistóricos o primitivos del pasado, según los testimonios arqueológicos. *c*) Datos sobre las creencias y costumbres de los pueblos clásicos (consideradas ya en parte como *supervivencias*). *d*) Datos sobre los aldeanos de Europa, estimados también como reflejo de un *estadio primitivo*. Ciertas semejanzas formales servían para establecer la identidad, y así, el tiempo no quedaba reducido más que a dos términos, abstractos y en extremo problemáticos.

A) Un *tiempo primitivo*, a partir del que las creencias y los cultos evolucionan.

B) Un tiempo o varios tiempos posteriores, en los que las creencias han evolucionado o viven en estado de *supervivencia*. Nada más sencillo de aplicar, según cantidad de folkloristas, que estas nociones. Pero, cuando el investigador se encuentra ante un complicado sistema de conexiones históricas, esta pobre y esquemática idea del tiempo le destroza toda la realidad, se la convierte en referencia a un pasado

Copyright (c) 2006 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

vago, remoto, sin calidad ni fecha, en el que vivió el *primitivo*, o en el que vive el salvaje actual y del que se halla aún un *vestigio* o *supervivencia* en rincones de Europa por los que, a lo que parece, ha resbalado todo lo ocurrido en el transcurso de la historia de Europa misma. ¡Y pensar que sobre estos postulados ha divagado aún más de un filósofo contemporáneo!

En la operación de reducir el tiempo a dos abstracciones se ha tenido que despreciar una parte tan enorme de lo que ha coexistido con los hechos que servían para establecer la «idea primitiva» o la «supervivencia», que éstas, al final, deben quedar reducidas a la categoría de pensamientos del que las toma como base. Ni más ni menos.

III

Por ejemplo, los datos que yo manejo como folklorista español, no los extraigo de un conjunto de gentes agrafas y de las que no se sabe qué hacían hace doscientos años o menos. *Del último rincón del último país de Europa hay noticias escritas que alcanzan a una fecha respetable.* Un archivo de ayuntamiento rural puede permitirnos bucear en épocas ya bastante remotas, y sobre aquel ayuntamiento han gravitado más o menos, pero han gravitado, la influencia de la Iglesia medieval, las ideas del Renacimiento, de la Ilustración, del siglo XIX, con su técnica, y (tanto o más) el desenfreno industrial del siglo XX, incluso el exterior a la nación o país. Creer otra cosa es cerrarse en banda a la realidad. El mundo del campesino europeo es más complejo y movido de lo que se dice una y otra vez, porque sí; y una vez más he de estrellarme ante las definiciones doctrinales antropológicas. Un libro excelente, que recoge la mayor parte de las que hoy corren, acompañándolas de una discusión crítica, debido a un escrupuloso investigador sueco, da —por ejemplo— hasta ocho grupos de definiciones de lo que es folklore [1], y otros ocho de lo que es «Volkskunde» [2]... De algunas podrá decirse que son anticuadas, pero de otras no, y las modernas no parecen mucho más útiles que las antiguas. Con expresiones creadas a partir de la consideración de estos vocablos ocurre lo mismo.

Así, por ejemplo, en nuestros días (no en los albores de la Histo-

[1] AKE HULTKRANTZ, *International Dictionary of Regional European Ethnology and Folklore. Volume I. General ethnological concepts* (Copenhague 1960), páginas 135-138.

[2] AKE HULTKRANTZ, *o. c.*, pp. 243-246.

Copyright (c) 2006 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

ria de la Antropología, como ocurrió con la palabra «survival»), un autor famoso, ya muerto, el profesor Robert Redfield, acuñó la expresión «Folk Society» y definió luego a ésta como «una sociedad pequeña, aislada, iletrada (*iliterate*) y homogénea, con sentido estrecho de la solidaridad de grupo» [3], definición que parece muy clara. *La cuestión es encontrar tal sociedad.* Personalmente he de confesar que, según mi experiencia, no existe en España, ni ha existido en puridad desde hace mucho. Cuando me he lanzado al «field-work» (por cumplir con un deber profesional, casi administrativo o burocrático, más que por gusto), al llegar al último rincón de Andalucía o de Vasconia (tierras donde he trabajado más, sin publicar mucho de lo que he ido averiguando), me he encontrado con que el aislamiento, la homogeneidad, el agrafismo, etc., etc., eran cosas tan problemáticas que no valía la pena de insistir sobre ellas demasiado. En cambio, sí, tenía que estudiar ordenanzas municipales, ordenanzas de montes, reglamentos de cofradías, programas de fiestas, leyes generales y documentos escritos de diversa índole que implican un género de investigación histórica. Bien sé que el mismo Redfield ha dado otras pautas de trabajo muy útiles y pertinentes para estudiar entidades semejantes [4], pero esto no quita para que las definiciones del tipo de la transcrita ejerzan un efecto desorientador en los jóvenes principiantes, nos pongan ante un camino falso y hagan perder mucho tiempo buscándole tres pies al gato, como se dice vulgarmente. ¿Quién que estudie hoy las fiestas religiosas, los ritos y los cultos populares, va a poderse explicar casi nada de lo que significan a la luz de criterios como los del aislamiento, la pequeñez de una comunidad e incluso la falta de letras de sus componentes? ¿Quién comprenderá las leyes y las técnicas de una sociedad campesina pensando «en función» del mundo primitivo o de la mera función utilitaria? Continuamente las investigaciones *históricas* demuestran los peligros del «antropologismo».

Para mí es indudable, en primer término, que toda investigación etnológica europea debe ser incluida dentro de un horizonte histórico y geográfico muy preciso. La comparación desenfrenada entre los ritos de los australianos, los antiguos griegos, los aldeanos de Europa, etc., etc., ya no puede dar de sí nada o casi nada. Pero tampoco partir de que existe una sociedad rural, cerrada a piedra y lodo. La integración de los datos etnográficos en *su* tiempo y *su* espacio con-

[3] Åke Hultkarntz, *o. c.*, p. 142.

[4] Robert Redfield, *The little community. View points for the study of a humen whole* (Chicago 1955).

Copyright (c) 2006 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

creto ha de realizarse con un cuidado exquisito, sabiéndose de antemano qué proporciones temporales y especiales se van a dar a la investigación. Esto es lo principal. Para tal fin, las divisiones clásicas del tiempo y el espacio llevadas a cabo por los historiadores pueden ser tan útiles como al realizar una investigación filológica o histórica de las que llevan a cabo los interesados por la Antigüedad clásica, la Edad Media europea u otro período semejante; y dentro de estas divisiones, una acotación menor o una delimitación intermedia pueden ser fundamentales.

Ahora bien, dada la materia misma del Folklore y la Etnología, lo que cambia o puede cambiar más frente a la tarea de los historiadores comunes es el *sector social*, a cuyo estudio se dedican el folklorista y el etnólogo, que es el de las clases campesinas y populares en general, aunque ello no sea, ni mucho menos, ley absoluta, pues a veces también debe dirigir su mirada a la burguesía de la gran ciudad o a la aristocracia. Definir dónde *debe* empezar y dónde *debe* acabar una averiguación, es labor desacreditada para el investigador, aunque ciertos profesores le den mucha importancia todavía. Nunca se insistirá bastante en que el método de investigación y el método de enseñanza, o de cierta enseñanza, son dos cosas que tienen muy poco que ver entre sí, y más aún cuando una disciplina está en formación.

Las conexiones estructurales y temporales que han de establecer el etnólogo y folklorista europeos para comprender los hechos que tienen ante sí, no pueden arrancar, si pretenden ser rigurosos, de fechas protohistóricas. Si profundizando en el pasado, partiendo del presente y utilizando documentación segura llegan a ellas, bien está; pero lo que es inadmisible es dar un salto del siglo XX, o el siglo XIX, a la Protohistoria o a la Prehistoria, sin contar con las épocas intermedias, lo cual se ha hecho demasiado y ha desacreditado bastantes investigaciones ante un público *no especializado, pero inteligente*. Es inadmisible también el cerrar los ojos al mundo histórico y aferrarse a conceptos como los acuñados por Redfield y otros, o a definiciones del folklore que implican pura *supervivencia*, pura *transmisión oral*, pura *limitación a las sociedades rurales*, u otra restricción del tipo de las que suelen hacer los especialistas puestos en trance de teorizar [5]. ¡Menguados estaríamos —por ejemplo, y siguiendo con nuestro tema— si al estudiar los cultos populares tuviésemos que aceptar, «in limine», estas limitaciones *metodológicas!*

En algunas obras —que considero eminentemente folklóricas— he

[5] Véase la palabra «Folklore» en la obra citada de ÅKE HULTKRANTZ, pp. 135-141.

Copyright (c) 2006 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

usado y he visto usados datos (y no todos *populares*) que proceden de tres fases o etapas:

1) Datos de la Edad Contemporánea, allegados por autores actuales y por autores del siglo XIX en conjunto, relativos al siglo y medio que va, poco más o menos, desde que se cierra la Edad Moderna hasta el presente.

2) Datos de la Edad Moderna: de los siglos XVI, XVII y XVIII. En España, sobre todo, los allegados por literatos del llamado Siglo de Oro son de gran interés. Cervantes y Lope de Vega fueron grandes observadores de la vida social de varios sectores, pero muy particularmente de la popular.

3) Datos de diferentes fases de la Edad Media, centrados en dos extremos casi opuestos: *a*) Los que dan escritos muy remotos de padres de la Iglesia. *b*) Los que suministran textos de los siglos XIII, XIV y XV.

4) Datos de la Antigüedad clásica, pero esencialmente del mundo romano. Estos serán, por lo común, los más antiguos a que se recurrirá. Es decir, que la investigación, así planteada, no rebasará el límite que se imponen los filólogos especializados en lenguas románicas, y esto no por haberse dejado guiar de un espíritu clásicamente amanerado, sino por investigar dentro de un *ámbito histórico* homogéneo, que es el que da hecho el antiguo Imperio Romano, cuya importancia para la formación del folklore europeo no se ha subrayado de modo suficiente, según creo.

IV

Acaso el que con profundo espíritu sintético llegó a una mayor proximidad a la idea que indico, fue A. L. Kroeber, al señalar los caracteres de lo que los griegos llamaron «oikoumenē», desde un punto de vista histórico-cultural [6]. Pero a su «cultura ecuménica» le faltaba el vínculo político y religioso que establece para varios de los pueblos que quedan dentro de ella el Imperio romano, que, en suma, es el que les da una estructura más estable.

No es el momento de llevar a cabo ahora un estudio de lo que puede significar aquella estructura política en la cristalización de cantidad de usos, costumbres (del mismo modo que lo ha significado en el lenguaje de muchos pueblos europeos, en el Derecho, el Arte, etc.), pero

[6] AKE HULTKRANTZ, *o. c.*, p. 192.

Copyright (c) 2006 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

creo que al término de varias investigaciones mías y de otros se verá suficientemente claro a qué hechos puedo referirme. Por otra parte, la Iglesia cristiana, heredera de muchas instituciones imperiales, al aceptar o al condenar ciertas costumbres, nos ha marcado los primeros límites para estudiar ciertas posibilidades de continuidad. Sobre su actuación será cosa de hablar varias veces también en lo futuro y con un criterio algo distinto siempre al usado por los folkloristas y etnógrafos de otras épocas y aun de hoy. Una última observación.

Desde hace mucho que en las mentes pensantes existe la tendencia a ir disociando los conceptos, aislándolos unos de otros; pero acaso esta labor, que nos parece hoy común y elemental, no se haya realizado sino a partir de la época que Karl Jaspers ha llamado «el tiempo-eje» [7]: un tiempo acerca de cuyo significado histórico ya discurrieron investigadores del siglo XIX, como Lasaulx y Viktor Von Strauss, al percatarse de que justamente durante el siglo VI *antes de J. C.*, en India, Persia y Grecia, se da un maravilloso florecer del pensamiento que dura esplendoroso y que fructifica de modo bastante rápido, influyendo para siempre en el destino de la Humanidad.

Son los griegos los que en este raciocinar llegaron a una máxima fruición, a una fruición completamente juvenil. Después... después se ha dudado más de que con la razón se llegue a todas partes, para ventura o desventura de los que dudan en conjunto. Los más prudentes administran sus razonamientos y sus emociones de modo atemperado a las circunstancias, y la lucha del emotivo y el racionalista es algo que caracteriza nuestro devenir histórico. Acaso para siempre.

JULIO CARO BAROJA

---

[7] KARL JASPERS. *Origen y meta de la Historia*. Traducción española de Fernando Vela (Madrid 1953), pp. 7-27.

Copyright (c) 2006 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas